

# EL BOSQUE EN EL CIELO

*KEITH LAUMER*

## 1

James Retif, en su condición de Segundo Secretario de la Embajada, descendió de la barcaza que había depositado a la Misión Terrena sobre el aturquesado césped del planeta Zoon. Una criatura pequeña como un conejo de angora, de un intenso color azul violáceo, se divisó detrás de una losa erguida de granito escarlata. Estaba sentada a pocos metros de los recién llegados, sobre sus extrañas ancas, crispando varios de sus miembros en un intento de rastrear en el aire alguna huella de su origen. El rostro angosto del Primer Secretario Magnan mostró señales de temor al ver que un segundo animal peludo, una esfera de un metro de diámetro recubierta de pelusa color índigo, apareció dando pequeños saltos alrededor de la proa de la nave.

—¿Cree usted que muerden?

—Son obviamente herbívoros —contestó con firmeza el agregado militar, el coronel Smartfinger—. Parecen ser unos animales muy afectuosos. Aquí, eh, pequeño, pequeño. —Hizo castañetear sus dedos y silbó. Aparecieron más conejos.

—Coronel. —El agregado de asuntos agrícolas tocó su manga—. Si no me equivoco, ¡estos son los especímenes inmaduros de la forma de vida que predomina en el planeta!

—¿Eh? —Oldtrick aguzó sus orejas—. ¿Estos animales? ¡Imposible!

—Se parecen a las fotos tan nítidas que tomaron los equipos automáticos de exploración. ¡Vaya, son muchos!

—Bueno, es posible que esto sea una especie de colonia de vacaciones para ellos. ¡Que bonitos son! —Oldtrick hizo una pausa mientras le daba un puntapié a uno, que abriendo unas increíbles mandíbulas mordisqueó su tobillo.

—Esto es lo peor de este tipo de operaciones relámpago. —Exclamó el agregado comercial cuando uno del tamaño de un terrier peludo se le arrojó encima y le mordisqueó un brillante botón plástico en el puño de su traje semi-informal color malva—. Uno nunca sabe dónde puede llegar a meterse.

—Oh, oh. —Magnan codeó a Retief cuando un técnico apareció, cargando una pesada caja, por la compuerta de la nave—. Aquí viene el equipo ultra secreto sobre el que el embajador ha estado sentado desde que abandonamos el Sector HQ.

—¡Ah! —El Embajador Oldtrick restregó sus pequeñas y bien manicuradas manos y luego levantó del montón que se le ofrecía algo parecido al chaleco salvavidas de Mae West.

»¡Caballeros, he aquí mi contribución personal a, ahem, las negociaciones de alto nivel! —Sonrió orgullosamente mientras deslizaba sus brazos en un lazo de plástico tramado—. Unidades

individuales, autónomas, autopropulsadas, de suspensión aérea —anunció—. ¡Con esto, caballeros, nos enfrentaremos al esquivo zooner en su propio terreno!

—Pero, ¡el informe decía que los zooners son una especie de dirigibles animados! —protestó el oficial de información—. Sólo pudieron observarse algunos pocos, ¡y navegando a elevadas alturas! ¡Seguramente que no iremos detrás de ellos!

—Era inevitable, caballeros. —Oldtrick retrocedió cuando el técnico ajustó fuertemente la correa del equipo alrededor de su pecho—. ¡Tarde o temprano el hombre está obligado a llegar a un enfrentamiento para el cual nosotros, los del Corps Diplomatique Terrestrienne, estamos altamente preparados!

—Pero, su excelencia —dijo el Primer Secretario Magnan—. ¿No podríamos haber enfrentado a estos cerebros gaseosos aquí, en tierra firme?

—¡Tonterías, Magnan! ¿Desaprovechar esta increíble oportunidad de demostrar la adaptabilidad de los diplomáticos de carrera? Ya que estos seres habitan entre las nubes de su mundo nativo, ¿qué mejor evidencia de buena voluntad podríamos ofrecerles que la de encontrarnos con ellos en su propio terreno para hablar?

—Por supuesto —agregó el fornido oficial de política—, no estamos realmente *seguros* que haya alguien arriba. —Miró nerviosamente de soslayo las masas que semejaban encajes de coral, contra cuyos pináculos más elevados se deshacían estratos de cumulonimbus de dos mil metros de altura.

—Es allí donde le ganaremos la partida a ciertos perezosos —contestó Oldtrick imperturbable—. Las fotos obtenidas muestran claramente los detalles de una encantadora ciudad aérea animada sobre este arrecife. ¡Imagínense el espectáculo, caballeros, cuando la misión descienda del empíreo azul para abrir una nueva era en las relaciones Terra-Zoon!

—Sí, verdaderamente una llamativa *mise en scène* como su excelencia anticipa. —La mejilla del oficial de economía se contrajo nerviosamente—. Pero, ¿y si algo anda mal en el aparato? Por ejemplo, el mecanismo de dirección parece ser algo... insustancial.

—Estos instrumentos fueron diseñados y construidos bajo mi supervisión personal, Chester —el embajador lo cortó fríamente—. No permitan, sin embargo —continuó—, que las circunstancias les impidan señalar cualquier error conceptual que hayan podido detectar.

—¡Que maravilloso ingenio! —se apresuró a contestar el oficial de economía—. Quise decir...

—La opinión de Chester era que quizás algunos de nosotros debiéramos esperar aquí, Sr. Embajador —dijo el agregado militar—. En caso que, ah, algún despacho de última hora llegara del Sector, o alguna otra cosa. Por mucho que odie perderme mi participación, me ofrezco...

—Tenga la gentileza de ajustar su equipo, coronel —dijo Oldtrick—. Ni soñaría con permitirme obligarlo a hacer ese sacrificio.

—Dios mío, Retief —dijo Magnan en un ronco susurro que tapó con su mano—. ¿Cree usted que estas cosas podrán realmente funcionar? Y querrá verdaderamente decir... —La voz de Magnan se desvanecía mientras observaba el cielo.

—Sí, quiere decirlo... —le aseguró Retief—. En cuanto a la invención de su Excelencia, supongo que dado un planeta de gran diámetro y baja densidad, con una masa standard de 4.8 y una gravedad en la superficie de 72, más una presión atmosférica de 27.5 por pulgada cuadrada, un gas superior liviano es posible.

—Me lo temía —musitó Magnan—. ¿Y si nos juntáramos todos y nos pusiéramos firmes?

—Podría ser ahorrativo —aprobó Retief prudentemente—. Todo el personal sería juzgado en grupo ante la corte marcial.

—Y ahora... —La armoniosa voz del Embajador Oldtrick hizo una pausa mientras se ajustaba la boina—. Si están listos, caballeros..., ¡inflen sus bolsas de gas!

Se oyó un duro silbido mientras una docena de válvulas se abrían a la par. Sobre los hombros de los diplomáticos terranos resonaron los duros chasquidos con que se inflaban las burbujas de plástico de brillante color. El embajador dio un pequeño salto y se elevó sobre las cabezas de su comitiva, donde quedó suspendido, sostenido por el balón, ayudado por una resoplante batería de chorros de aire sujeta a sus caderas.

El coronel Smartfinger, un hombre grande y huesudo, dio un brinco y cayó, buscando con los dedos de sus pies algún contacto mientras una ráfaga de aire lo arrastraba por el suelo. Magnan, más ligero que el resto, pegó un salto apreciable y quedó suspendido junto al jefe de la misión. Retief ajustó cuidadosamente su indicador de presión y pegó un salto mientras el resto de la tripulación hacía lo propio, para evitar la dudosa distinción de ser el último hombre aerotransportado.

—¡Capital, caballeros! —dijo Oldtrick a los otros mientras flotaban en una desigual hilera, atados como alpinistas, a cinco metros de la superficie—. ¡Confío en que cada uno de ustedes esté listo para saborear la emoción de arar nuevos territorios!

—Un desafortunado giro de frase —gorjeó Magnan, mirando los rocosos afloramientos inferiores. La planicie herbácea donde la barcaza había depositado a la misión se extendía hasta el horizonte, sólo interrumpida por el solevantamiento de los arrecifes de corales, que la cruzaban como solitarios castillos en un desierto surrealista y por una mancha distante de verde brumoso.

—Y ahora..., lo que espero poder llamar, sin matiz de sarcasmo, mi nuevo rango en la diplomacia —gritó Oldtrick. Levantó la palanca del control a chorro y se elevó hacia el cielo, remolcando a los miembros de su comitiva.

## 2

Quinientos pies arriba, Magnan le apretó el brazo a Retief, quien ocupaba la posición adyacente en la línea.

—¡La barcaza se está elevando! —Señaló la delgada forma de la pequeña nave del Corps que ascendía desde la arena—. ¡Nos está abandonando!

—Una señal de la confianza que tiene el embajador en que encontraremos un hospitalario recibimiento de parte de los zoonitas —señaló Retief.

—Francamente, no puedo entender la ansiedad del Sector en acreditar una misión en este planeta perdido. —Magnan elevó su voz por encima del silbido del viento cortante y del bufido polifónico de las unidades propulsoras—. Retief, tú que siempre te enteras de todo, ¿tienes alguna idea de lo que hay por detrás de esto?

—Según una fuente, por lo general bien informada, los groaci tienen puestos sus ojos sobre Zoon..., los cinco ojos. Naturalmente, si están interesados, el Corps tiene que adelantarse a ellos.

—¡Ajá! —Magnan miró con comprensión—. Deben saber algo. Ya que estamos —preguntó más de cerca—, ¿quién te lo dijo? ¿El embajador? ¿El subsecretario?

—Mejor que eso; el cantinero del bar del departamento.

—Bueno, me atrevo a decir que nuestros amigos de cinco ojos se llevarán una gran sorpresa cuando descubran que nuestras relaciones con los nativos ya son cordiales, por muy poco ortodoxa que sea la técnica del Embajador Oldtrick. Me veo obligado a reconocer que es el único modo de acercarse a estos zoonitas. —Estiró su cuello para mirar la caprichosa formación de las rocas en punta que pasaban a su lado mientras ascendían—. Es raro que ninguno de ellos haya venido a recibirnos.

Retief siguió su mirada.

—Todavía nos quedan doscientos metros por ascender —dijo—. Espero que en la cima nos den un recibimiento adecuado.

Media hora después, con el Embajador Oldtrick a la cabeza, la partida planeó por encima del terraplén final mientras debajo se extendía un mundo fantástico de coral rosa y violeta encarnado, un laberinto de chapiteles, túneles, puentes, grutas, torrecillas, cavernas, avenidas, tan complejos y delicadamente frágiles como copos de nieve.

—Con cuidado ahora, caballeros. —Oldtrick manipuló su control de propulsión, aterrizando suavemente sobre un gracioso arco que se extendía sobre una hendidura llena de oscuridad luminosa producida por el sol que se filtraba a través de la traslúcida construcción.

La tripulación se detuvo cerca, contemplando con reverencia los minaretes que se elevaban en torno a ellos.

El Embajador, después de dar vuelta al botón para desinflar su bolsa de gas y poner a un lado su equipo de vuelo, frunció el entrecejo mientras observaba el silencioso panorama.

—Me pregunto a dónde se han ido los habitantes. —Levantó un dedo, y seis serviciales subordinados al punto lo rodearon.

»Aparentemente los nativos son un tanto tímidos, caballeros —afirmó—. Husmeen un poco. Muéstrense amistosos. Y en lo posible no se metan en zonas tabú, como templos o excusados públicos.

Después de apilar las bolsas de gas desinfladas cerca del punto de llegada, los terranos se pusieron a investigar las cavernas y se encaramaron para observar las intrincadas callejuelas que serpenteaban entre los silenciosos palacios de coral. Retief tomó un estrecho sendero en la cima de

un risco, que conducía a una posición ventajosa. Magnan se arrastró, limpiándose el rostro con una gasa perfumada.

—Aparentemente no hay nadie en casa —resopló al llegar a la pequeña plataforma desde la que Retief contemplaba el panorama que se extendía debajo—. Un tanto desconcertante, debo decir. Me pregunto qué arreglos se hicieron para alimentarnos y darnos alojamiento.

—Otra cosa rara —respondió Retief—, no hay botellas de cerveza vacías, ni latas, ni diarios viejos, ni cascaras de frutas. En suma, ningún signo indicando que este lugar esté habitado.

—En realidad parece que nos han plantado —dijo con indignación el agregado comercial—. ¡Qué descaro; y de ese montón de intangibles animados, además!

—En mi opinión, la ciudad fue evacuada —replicó el oficial en política, con el tono vehemente de alguien que está efectuando un incisivo análisis de una situación compleja—. También nosotros podríamos irnos.

—¡Tonterías! —estalló Oldtrick—. ¿Creen ustedes que voy a volver al Sector para anunciar que no pude encontrar el gobierno ante el cual se me acreditó?

—¡Cielos! —parpadeó Magnan al divisar una oscura nube solitaria que se acercaba a ellos por debajo de la cerrazón—. Intuyo algo amenazador.

—¡Señor Embajador! —llamó, descendiendo. En ese momento, un grito que partió de la caverna adyacente hizo que todos los ojos se centraran en el agregado militar, que salía con algo que parecía ser una especie de soga alquitranada, chamuscada en un extremo.

—¡Signos de vida, su excelencia! —anunció—. ¡Una colilla de opio! —La olió—. Recién fumada.

—¡Colillas! ¡Tonterías! —Oldtrick hizo girar el objeto con su gordo dedo índice—. Estoy seguro que los zoonitas son demasiado insustanciales para acceder a tales vicios.

—Señor Embajador —Magnan gritó—, sugiero que entre todos elijamos una buena cueva seca y nos deslicemos adentro, al resguardo de este clima.

—¿Cueva? ¿Deslizarse? ¿Clima? ¿Qué clima? —replicó Oldtrick al primer secretario que subía—. ¡Estoy aquí para establecer relaciones diplomáticas con una raza recién descubierta, y no para evitar que ustedes se resfríen!

—Ese clima —dijo Magnan con obstinación, y señaló la nube gigantesca que se deslizaba sobre ellos tan rápidamente que ya amenazaba envolverlos en una densa niebla.

—¿Eh? ¡Oh! —Oldtrick miró el frente de tormenta que se acercaba—. Sí, bueno, estaba por sugerir que buscáramos refugio.

—¿Y qué pasa con las colillas? —El coronel trató de volver a la cuestión—. No habíamos terminado de considerar las colillas cuando llegó Magnan con su nube.

—Mi nube es de una urgencia mucho mayor que sus colillas, coronel —replicó suavemente Magnan—. Especialmente si tenemos en cuenta, como lo indicó su excelencia, que su pequeño descubrimiento posiblemente no tenga nada que ver con los zoonitas.

—¡Ja! ¡Bien! Si no pertenece a los zoonitas, ¿a quién entonces? —El oficial miró sospechosamente la colilla, que pasaba de mano en mano. Retief la miró, la olió—. Creo que se trata de un producto de la industria groaci, coronel —replicó.

—¿Qué? —Oldtrick se golpeó la frente con la mano—. ¡Imposible! ¡Pero, si yo apenas estaba enterado..., es decir, ellos tampoco..., me refiero, maldita sea, a que la ubicación de este planeta es un Secreto Absoluto!

—¡Ejem! —Magnan miró con complacencia a su nube que había adoptado la forma de un buque de guerra, a unos cien pies de distancia—. Me pregunto si no sería mejor apresurarnos antes que nos... empapemos.

—¡Buen Dios! —El oficial en política miró a la masa gris oscura que eclipsaba el brumoso sol, ocultándolo casi por completo. Ante la repentina sombra, el viento se hizo helado. La sombra estaba ahora encima del borde extremo del arrecife y mientras ellos la miraban fue bajando, barrió la punta de una saliente de piedra con un seco ¡squee! y arrojó una lluvia de pequeños fragmentos de roca. Magnan pegó un salto y parpadeó con fuerza, dos veces.

—¿Vieron...? ¿Vi...?

Al descender, la nube navegó entre dos elevados minaretes y rozó una torre baja que tenía varias puntas afiladas en su cima. Se oyó un rasgido, un chasquido de piedra, un agudo ¡pow! y un ruido a escape de gas. Un penetrante olor a lona impermeabilizada con caucho llegó hasta los diplomáticos, transportado por la brisa.

—¡Dioses! —gritó el agregado militar—. ¡Eso no es una nube! ¡Es un caballo de Troya! ¡Un dirigible camuflado! ¡Una trampa! —Se calló súbitamente y empezó a correr mientras el globo de cuatro acres zozobraba, se ladeaba en ángulo recto y bajaba tronando en medio de chirridos y chasquidos, derrumbando puentes, quebrando delgadas torres y cubriendo el pasaje como la carpa de un circo al desplomarse. En su extremo apareció una criatura pequeña y ágil, con un yelmo fulgurante y un manto negro hasta las caderas, vadeó los pliegues desinflados de la falsa nube, meciendo entre sus brazos un formidable revólver de explosión. Lo siguieron otros que descendían y se ubicaban en posiciones estratégicas para rodear a los Terranos.

»¡Tropas de choque groaci! —gritó el agregado militar—. ¡Salven sus vidas!

Corrió a ocultarse en un oscuro desfiladero; una ráfaga del arma del groaci produjo una nube de pequeños pedazos de coral tras él. Retief, desde una posición a sotavento del contrafuerte de rocas, vio a media docena de terranos detenerse ante el pistoletazo y levantar las manos mientras los invasores se arremolinaban en torno a ellos, susurrando suaves, sibilantes sonidos groaci. Tres terranos, que intentaron salir volando, fueron capturados y traídos de vuelta a punta de pistola. Un poco después, un agudo ¡oof! y un estallido de interjecciones militares anunciaron la rendición del coronel Smartfinger. Retief dio una vuelta alrededor de una torre de roca y vio que el Embajador Oldtrick era sacado de su escondite, detrás de un afloramiento en forma de cactus.

—Bueno, bueno, gusto de *encontrarte* aquí, Hubert. —Un groaci de contextura ligera, vestido espléndidamente, se adelantó, fumando un palillo de opio sostenido por pinzas de plata—. Lamento tener que someterte a la indignidad de ahorcarte como a una gallina desplumada, pero, ¿qué puede uno esperar cuando comete una grave usurpación territorial?

—¿Usurpación? ¡Vine aquí de buena fe como representante Terrano ante Zoon! —barbotó Oldtrick—. Vea, Embajador Shish, ¡esto es un ultraje! Le exijo que ordene a estos bandidos que me liberen, a mí y a mi comitiva, de inmediato! ¿Me entendió?

—Mariscal de Campo Shish, si tienes a bien, Hubert —susurró Shish—. Esta es una guardia civil debidamente constituida. Si me molestas, ¡puedo ordenarles que te apliquen todo el rigor de la ley que tú tan airosamente has burlado!

—¿Qué ley? ¡Tus confundidos asaltantes se lanzaron contra pacíficos diplomáticos en el cumplimiento pacífico de sus deberes!

—La ley interplanetaria, mi querido señor —siseó Shish—. Esa sección que habla sobre reclamos territoriales de planetas deshabitados.

—Pero..., pero, ¡los zoonitas habitan en Zoon!

—¿Ah, sí? Una exhaustiva investigación de toda la superficie planetaria llevada a cabo por nuestro Servicio de Exploración no arrojó ninguna evidencia que hubiera habitantes inteligentes.

—¿Superficie? ¡Pero los Zooners no ocupan la superficie!

—Exactamente. Por lo tanto, nosotros hemos tomado posesión. Bueno, ahora en cuanto a las reparaciones y daños para la obtención de vuestra libertad, creo que un millón de fianza estaría bien; por supuesto, pagado a mí directamente, en mi condición de Gobernador Militar Planetario, *pro tem*.

—¿Un millón? —Oldtrick tragó amargamente—. Pero..., pero..., ¡veamos! —Miró a Shish con desesperación—. ¿Pero detrás de qué andan ustedes? Esta no es la clase de propiedad que ustedes los groaci prefieren. Este mundo no tiene ningún valor económico o estratégico reconocido.

—Hmm. —Shish tiró la colilla—. Me supongo que no importa que te lo comente. Intentamos recoger una buena cosecha.

—¿Cosechar? ¡Si aquí no crece nada más que hierba azul y coral!

—Te equivocas nuevamente, Hubert. La cosecha que nos interesa es... —Tocó el borde de su velluda capa violeta—. Una piel lujosa, liviana, colorida y antialérgica. —Bajó su voz y miró de soslayo con tres de sus ojos—. Y de reconocidos y fabulosos efectos afrodisíacos. ¡Y se consiguen millones, que andan saltando por todas partes, listas para ser cosechadas!

—¡Pero estás bromeando seguramente! Ellos son.

Se produjo una repentina agitación cuando uno de los terranos se soltó y se introdujo en una cueva. La guardia civil groaci se lanzó en su persecución. Shish dejó escapar un sonido de irritación, y corrió para supervisar la captura. Oldtrick, que había quedado momentáneamente solo, echó un

vistazo a los chalecos de vuelo que estaban apilados a diez metros de distancia. Respirando profundamente se lanzó para apoderarse de uno de ellos.

Cuando pegó un salto para buscar refugio, un grito anunció que había sido descubierto. El jefe de la misión luchó desesperadamente con sus correas mientras corría y girando la válvula se lanzó al aire, pasando por encima de las cabezas de un par de alienígenas de pies veloces que intentaban tomarlo de los tobillos. Pasó sobre la cabeza de Retief, arrastrado alegremente por la brisa, a seis metros de altura. Cuando los groaci pasaron cerca suyo persiguiendo al terrano volador, Retief zambulló su cabeza en las sombras para que no lo descubrieran. Una media docena de guardias apuntaron al diplomático que el viento arrastraba por encima de los arrecifes. Sonaron varios disparos y se oyó una fuerte explosión cuando una bala agujereó la bolsa de gas. El embajador desapareció rápidamente de la vista dejando escapar un gemido desesperado.

Retief se agachó, corrió hasta la pila de chalecos, tomó dos, dio media vuelta y corrió hacia el borde donde Oldtrick había desaparecido. Dos groaci, que se habían vuelto para enfrentar la nueva amenaza que descendía sobre sus espaldas, fueron tumbados por el envión de Retief. Otro, sacando su arma, saltó para interceptarlo. De un tranco, Retief se apoderó del caño, haciendo girar al arma y a su dueño, que permanecía desesperadamente aferrado a ella, y aporreó al infortunado alienígena en las narices de sus propios camaradas asombrados. Los disparos zumbaban por los oídos de Retief, que sin detenerse se lanzó hacia el despeñadero para zambullirse en dos mil metros de espacio abierto.

### 3

El viento ascendente chillaba como un tifón en las orejas de Retief. Mordiendo uno de los dos equipos con sus dientes, se ciñó el otro y se ató las correas. Bajó la vista, parpadeando por la corriente de aire.

El Embajador caía libremente con su balón reventado flotando en sus espaldas, unos seis metros más abajo. Retief, como un buzo, se zambulló. La distancia entre los dos hombres comenzó a acortarse. Una saliente de la roca brilló peligrosamente cerca. La mano de Retief asió el pie de Oldtrick. El embajador giró convulsivamente, mirando a Retief que estaba suspendido sobre él en la corriente de aire. Retief agarró el brazo del diplomático y le entregó el segundo chaleco. Un segundo después Oldtrick se había quitado su arruinada bolsa de gas y colocado la otra.

Haciendo girar la llave, el Embajador infló su balón y empezó a caer lentamente detrás de Retief, quien abrió su propia válvula y sintió el repentino tirón del chaleco. Un momento más tarde estaba flotando suavemente unos treinta metros por debajo del Embajador, que se iba acercando con lentitud.

—Piensa rápido, muchacho —dijo Oldtrick con voz apagada—. ¡Tan pronto como esté a bordo del transporte pienso llamar una unidad acorazada de exploración planetaria para arreglar a estos rufianes! ¡Desbarataremos su plan inhumano de masacrar a los desprotegidos infantes zoonitas, haciéndonos querer de esta forma por sus mayores! —Se fue acercando a Retief—. Mejor que usted venga conmigo —le dijo bruscamente mientras estaban a tres metros de distancia—. Necesito su testimonio probatorio, y. ..



—Lo lamento, señor Embajador —replicó Retief—. Me parece que agarré un chaleco para cuerpos pesados, que quiere elevarse. Tiene las válvulas atascadas y no puedo regularlas para que descendan.

—Vuelva —le gritó Oldtrick mientras descendía por debajo del joven—. ¡Insisto en que me acompañe!

—Me temo que no sea posible, señor —replicó Retief—. Le sugiero que permanezca fuera de la vista de cualquier colono que pueda estar establecido abajo. Se me ocurre que se sentirán inspirados a usar sus armas cuando sepan que su fuerza policial está encallada en el arrecife, allá arriba. Y un diplomático terrano suspendido en el aire es un blanco tentador.

La brisa del sudoeste llevó a Retief con una velocidad de veinte millas por hora. Hizo girar en vano la palanca de flotación en ambos sentidos. El paisaje desapareció debajo de él, como una vasta extensión de montañas de suave aguamarina.

Desde esta altura, eran visibles inmensos rebaños de criaturas de colores que variaban de un pálido azul a un verde profundo. Retief observó que todos convergían en un punto no lejano a la base del arrecife de coral, donde varios puntos oscuros podían ser pequeñas estructuras de algún tipo. Después el panorama se oscureció, primeramente por azotantes corrientes de niebla y después por una densa y húmeda nube que lo envolvió como un refrescante baño turco.

Durante diez minutos fue llevado a la deriva en dirección ascendente; después penetró un rayo de sol acuoso que iluminó con un brillo dorado el vapor; un momento después se introdujo en la luminosidad. Un cielo de azul profundo se arqueaba sobre la blanca planicie de nubes. Parpadeando por el brillo, vio una forma brumosa de verde pálido que se proyectaba sobre las nubes a una distancia de él que estimó de cinco millas. Se dirigió hacia ella guiándose con los timones. Quince minutos más tarde, estaba lo suficientemente cerca para descubrir gruesas columnas de un amarillo brillante donde se apoyaban grandes masas de follaje verdoso. Más cerca, el verdor parecía manojos de hojas de enorme tamaño, entre las cuales brillaban llamativos capullos escarlatas.

En las frondosas profundidades el sol, que se filtraba desde el cenit, producía un increíble brillo verde dorado. Retief maniobró hacia una rama vigorosa, pero sólo a último momento vio las espinas largas como de un metro que estaban escondidas por la sombra de las hojas desparramadas. Se zambulló evitando un pinchazo, oyó el rasgón y el ¡pum! cuando estalló su bolsa de gas; se golpeó duramente contra una rama enorme y suave, y se agarró a ella con piernas y manos, a pocos centímetros de una aguda proyección de madera córnea.

La vida bullía alrededor suyo en susurrantes y zumbantes cientos de claves extrañamente eufóricas. Había cosas como pájaros mullidos y de vívidos colores; cerpas escamadas con como engarzados ribetes; y bandadas de pequeñas mariposas doradas de cuatro alas. Repentinamente algo chilló, a lo lejos, y por un momento el coro se acalló para retomar luego su canto.

Retief sólo podía ver que a doscientos pies más abajo se extendían niveles y niveles de ramas cubiertas de hojas que manchaban las nubes arremolinadas. Estimó que el suelo estaba a una milla y

media hacia abajo y que el descenso no sería fácil. No obstante, parecía el único camino. Se quitó el arruinado equipo de vuelo, eligió un camino y comenzó a descender.

Había andado solamente quince metros cuando un repentino movimiento en el follaje llamó su atención. Un momento después, una ráfaga de viento apartó las hojas, y apareció una criatura fornida y pálida, como un fantasma, con el cuerpo cubierto de cortas cerdas blancas y una cabeza esferoide. Agitaba salvajemente sus múltiples negras y brillantes extremidades contra el borde de una tela de sedosos hilos escarlatas que en forma de intrincada espiral lo rodeaba. Contra un costado de la criatura se sacudía un saco chato, asegurado al cuerpo por una correa plana. Retief vio que la tela estaba enganchada en la punta de unas ramas largas que se inclinaban en una profunda curva bajo el peso de la víctima, y también de algo más.

Espiando entre las sombras, a menos de un metro de esa cosa que había quedado atrapada, vio en el aire una garra que parecían un par de enormes cizallas. La garra estaba sujeta a un brazo parecido a un tubo de acero inoxidable de seis pies de longitud, a su vez unido a un cuerpo envuelto en una armadura de un azul plata, que era casi invisible en la frondosa oscuridad.

Mientras Retief espiaba el brazo se alargó, atravesando un grupo de hojas, y cortó un penacho de duros cabellos blancos al atrapado, que desesperadamente brincó hacia un costado. El agresor había avanzado sobre el frágil apoyo tanto cuanto pudo, pero ya era sólo cuestión de tiempo para que la tenaza asesina alcanzara su blanco.

Retief hurgó en sus bolsillos y extrajo una navaja de dos pulgadas que usaba para cortar las puntas de los cigarrillos Jorgensen. Cortó el tallo de una enredadera que caía cerca de él. Se enrolló la cuerda al hombro y volvió a ascender.

#### 4

Desde una rama superior, Retief espió a través de las frondosas sombras al monstruo de cuatro metros de largo que colgaba cabeza abajo. El depredador se estiraba al máximo en su esfuerzo por alcanzar a la víctima atrapada.

Retief se agachó a una corta distancia de la pierna trasera principal del monstruo. Lanzó el lazo que había hecho apresuradamente con la flexible enredadera, y pasando su extremo por la articulación del tobillo de la bestia hizo rápidamente un nudo flojo que se ajustaría con la presión. Ató el otro extremo de la cuerda a un tronco grueso que tenía a sus espaldas y deslizándose alrededor, ajustó el extremo de una segunda cuerda a una rama.

La criatura atrapada, acurrucada en el extremo de la rienda que formaban los cordeles de seda vio a Retief y pegó un brinco convulsivo que apretó aún más la garra que lo apresaba.

—Manténte firme —le dijo suavemente Retief—. Trataré de distraer su atención.

Comenzó a descender por una frágil rama que cedió un poco pero se mantuvo firme, y llegó hasta tres metros del tejido, manteniendo el extremo de la cuerda en su mano libre.

Abajo, la criatura-garra, que sintió el movimiento a su alrededor, hizo asomar un brillante ojo en el extremo de la vara y estudió a Retief. Retief vio que la garra revoloteaba indecisamente, lista para golpear en cualquier dirección.

Muy cerca crecía una fruta del tamaño de una pelota de béisbol. Retief la arrancó y apuntando, se la dio en el ojo. Ésta estalló, salpicando el follaje circundante con un jugo amarillo viscoso de un olor semejante al melón maduro. Tan veloz como el pensamiento, la garra golpeó en dirección a Retief, que saltó y se asió a la enredadera, balanceándose graciosamente hacia una plataforma de aterrizaje cercana, unos siete metros más allá. El carnívoro pinzador, frustrado, lo persiguió en vano. El enorme esfuerzo que hizo el animal para agarrarlo fue demasiado. Se oyó un fuerte raspado de ganchos de metal duro contra la madera, un frenético sacudimiento de las ramas, y el cuerpo en forma de caño se desmoronó, deteniéndose con un tremendo sacudón cuando la soga enlazada en su pata lo sostuvo.

Retief, a salvo en su nueva plataforma, tuvo una visión momentánea de una boca abierta con una hilera de afilados dientes. Entonces, con un fuerte ¡zum!, la cuerda que enlazaba al monstruo se partió. La aparición desapareció, haciéndose añicos en una serie de impactos cada vez menos audibles hasta que se perdió en las profundidades subterráneas.

El peludo zoonita se dobló pesadamente en la red, fijando en Retief una hilera de brillantes ojos rosados mientras éste aserraba los hilos de la trama del tejido con su navaja. Liberado, introdujo en su bolsita una mano enguantada de cuatro dedos, provista de garras lustrosas de una pulgada de largo, y sacó un pequeño cilindro que llevó hasta su ojo medio.

—*Jrikk*—dijo en un sonido ronco. Una boca grande y chata se abrió en una expresión indefinida. Apareció una luz brillante que durante algunos segundos imprimió una imagen verde en la retina de Retief. El alienígena devolvió el objeto a la bolsita, y sacó un segundo artefacto similar a una armónica de treinta centímetros de largo, la que colocó alrededor de su cuello en forma de lazo. De inmediato emitió una serie de sonidos ininteligibles y miró a Retief en forma expectante.

—Si no me equivoco, se trata de un traductor electrónico groaci—dijo Retief—. ¿Bienes de trueque, como la cámara, supongo?

—Correcto—se oyó desde el artefacto—. ¡Oh, funciona!

—Los groaci están a la altura de cualquiera en lo que hace a la fabricación de miniaturas electrónicas y la compra y venta de propiedades—afirmó Retief.

—¿Propiedades?—preguntó el zoonita, elevando el tono.

—Superficie planetaria—explicó Retief.

—Oh, eso. Sí, escuché que se habían establecido allá abajo. Sin duda es una fijación por pregerminación traumática. Pero todo ser tiene derecho a su propia forma de autodestrucción, como lo explicó Zerd sucintamente antes de disolverse en una humeante masa de ácido nítrico.—Los ojos del alienígena estudiaron a Retief—. Aunque debo reconocer que su muerte adopta una forma curiosa.

—¿Cómo?

—Por empezar, molestando a un recolector—explicó el zoonita—. Es peligroso. La garra puede atravesar seis pulgadas de *gilv* como si fuera un pastelillo.

—Realmente tuve la impresión que la cosa lo estaba persiguiendo —comentó Retief.

—Sí, por cierto. Y casi me agarra. No valió la pena. Hubiera sido un almuerzo decepcionante para él. —El zoonita tocó el intérprete electrónico con las decorativas garras, haciéndolas sonar sobre el plástico brillante—. ¿Debo entender que usted vino hasta aquí sólo para rescatarme? —preguntó.

Retief asintió.

—¿Con qué objeto?

—Basándose en la teoría que un ser inteligente debe impedir que otro sea comida vivo, siempre que pueda.

—Humm. Curioso concepto. ¿Y espera usted que yo se lo retribuya?

—Si no tiene inconveniente —contestó Retief.

—Pero usted parece tan, tan comestible... —Sin previo aviso, una de las patas de ébano del alienígena relampagueó, abriendo las garras y lanzando una maligna patada. El golpe fue rápido, pero Retief fue mucho más rápido: elevándose ligeramente interceptó la tibia del otro con el borde de su zapato, lo cual produjo un duro estruendo. El zoonita gritó y simultáneamente latigó con un par de brazos de izquierda a derecha, mientras Retief le desviaba uno hacia arriba con el borde de la mano, y el otro hacia abajo. Un segundo después, un pequeño revólver presionaba el peludo vientre del alienígena.

—Nosotros, los terranos, también somos hábiles en la fabricación de miniaturas —replicó con calma Retief—. Esta se llama revólver de cráter. Ya sabrá usted por qué cuando lo vea disparar.

—..., ¡pero las apariencias pueden ser tan engañosas! —completó el zoonita su frase inconclusa, retrocediendo sus miembros doloridos.

—Un error comprensible —concedió Retief—. No obstante, estoy seguro que no habría sido yo para usted más alimenticio que usted para él (recolector). Química corporal incompatible, que le dicen.

—Sí. Bien, en ese caso, será mejor que me vaya. —El zoonita retrocedió un paso.

—Antes que se vaya —sugirió Retief—, podríamos discutir algunas cosas para beneficio mutuo.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles, por ejemplo?

—Por un lado, la invasión de Zoon. Y por el otro, los modos y maneras de volver a la *Zoona* firme.

—Usted *es* un compulsivo. Y se trata de una neurosis altamente canalizada: Un recolector o mi humilde persona no servirían; hay que seguir el camino más difícil.

—Creo que su traductor está mal sintonizado —replicó Retief—. Lo que acabo de escuchar no parece tener sentido.

—Yo, a mi vez, encuentro que su aproximación oblicua es un tanto desconcertante —confió el alienígena—. Siento que usted está tratando de decirme algo, pero, a fe mía, no puedo darme cuenta de qué se trata. Qué tal si vamos a mi casa para un *aperitiv* y tratamos de aclarar el asunto. Ya que estamos, me conocen como Qoj, El Mordedor Veloz.

## 5

Fue un viaje sorprendente de treinta minutos por las copas de los árboles en forma de torres. El alienígena caminaba a saltos largos y vagos entre uno y otro descanso peligroso, mientras Retief se movía con la mayor presteza posible por las ramas y puentes de enredadera, profundamente consciente del abismo sin fondo que se abría abajo.

La travesía concluyó en un espacio esférico de cuarenta metros de diámetro donde se había despejado la vegetación para dar forma a una especie de caverna umbrosa, iluminada de verde. En torno a su periferia se anidaban glorietas y galerías de hojas; y pequeñas terrazas de apariencia frágil, suspendidas al abrigo de gigantes follajes.

Había varias docenas de zoonitas a la vista; algunos haraganeaban en las plataformas o se encaramaban en ramas mecidas vertiginosamente por la brisa; otros se deslizaban de aquí para allá, mientras unos pocos se colgaban con uno o más de sus miembros de las festoneadas enredaderas, durmiendo, aparentemente.

—Lo presentaré a usted —dijo el zoonita—. De lo contrario, mis camaradas intentarán comérselo y se lastimarán. Y eso no me gusta, porque un zoonita herido es una desagradable compañía. —Movió un botón del traductor y emitió un agudo chillido. Las cabezas de los zoonitas se volvieron. Qoj pronunció un breve discurso y señaló con su mano a Retief, quien inclinó la cabeza cortésmente. Los nativos miraron al terrano con indiferencia y retornaron a sus actividades anteriores. Qoj señaló una mesa montada sobre una varilla de diez pies, en torno a la cual había tres pequeños asientos, ubicados de manera similar.

Retief subió con presteza a uno de los soportes y se sentó muy tieso. Qoj se ubicó en el lado opuesto, en una rama que se balanceó y agitó bajo su peso. Pegó un silbido estridente y una criatura de color gris vetado con negro llegó dando un gran salto, recibió sus órdenes y retornó al instante con vasos altos aromáticos.

—Ah. —Qoj se reclinó cómodamente y cruzó sus dos pares de piernas—. No hay nada como un trago de nirvana, ¿no? —Levantó su vaso y vertió el contenido en su boca. Retief lo vio escurrirse por una hilera de dientes afiliados no menos temibles que los del recolector.

—Tiene usted aquí un lugar muy interesante —Retief olió con interés su bebida y la probó. El fluido se evaporó al instante en su lengua, dejando un aroma frutal.

—Es bastante bueno, supongo —afirmó Qoj—, en estas circunstancias.

—¿Y cuáles son las circunstancias?

—No hay suficiente comida. Demasiados depredadores como ése al que usted despachó. Un medio estrecho y superpoblado, ningún lugar adonde ir, y por supuesto, desprovistos como estamos

de materia prima, no hay esperanzas de progreso tecnológico. Reconozcámoslo, Retief; estamos colgados de los árboles y sin medios.

Retief vio pasar un voluminoso zoonita saltando con el brinco alígero característico de esas criaturas.

—Hablando de tecnología —dijo—, ¿cómo hacen eso?

—¿Hacer qué?

—Ustedes deben pesar trescientas libras; pero cuando quieren, flotan como una semilla de diente de león.

—Oh, eso. No es más que una destreza inherente, como la llamarían ustedes. También nuestros esporos la tienen; de lo contrario se estrellarían al caer al suelo. No sirve para mucho, excepto para saltos cortos.

—Antigravedad orgánica —respondió Retief con admiración—. O tal vez telemoción sería el nombre más apropiado.

—La glándula responde a impulsos mentales —replicó Qoj—. Afortunadamente, como nuestros retoños no tienen mente, permanecen en el suelo. De lo contrario no tendríamos un momento de paz.

Tomó otro trago, reclinándose en su silla que se meció en dirección opuesta, mientras el asiento de Retief se agitó en un suave balanceo que lo hizo bizquear y produjo un ligero sudor en su frente.

—Oh. Me pregunto por qué no hay algunos pequeños brincando en el umbral de su puerta —dijo Retief.

—¿Umbral de la puerta? —Qoj se irguió y miró alarmado la entrada de su morada—. ¡Grandes quijadas babosas, Retief, no me asuste así! ¡Los pequeños monstruos están abajo, en la superficie a la que pertenecen!

—¿Sin atención?

Qoj se encogió de hombros.

—Supongo que realmente tendríamos que estar haciendo algo por ellos, pero francamente, es demasiado peligroso.

Retief levantó una ceja intrigado.

—Bueno, las arpías descortezarían el planeta si no mitigaran su voracidad comiéndose unos a otros.

—Por eso es que ustedes no ocupan la superficie.

—Si nuestros antepasados no hubieran tomado los árboles, estaríamos ahora extintos, devorados por nuestros propios retoños.

—¿Y es de suponer que vuestra aparente indiferencia ante la llegada de los groaci se basa en el mismo razonamiento?

—Está por comenzar la época de su alimentación —replicó Qoj de repente—. Esos individuos no durarán ni un día. Aunque no hay mucho jugo en ellos, al menos no lo había en ese con el que me topé.

—¿No era ése el primer dueño de la cámara y del traductor?

—Correcto. Tipo interesante. Tenía un artefacto raro y pequeño con pínulas giratorias que zumbaban. Se le enredó en un lazo de la enredadera. Demonios, venía lleno de proyectos para proponernos. —El zoonita sorbió su frasco, absorto.

—Los groaci, individualmente, no impresionan mucho estoy de acuerdo —contestó Retief—. Pero tienen bajo su comando un arsenal subnuclear bastante potente. Y parece que están a punto de lanzar una ofensiva general contra vuestros jóvenes.

—¿Ah, sí? Entonces tal vez acaben con esas pequeñas molestias. Después nosotros descenderemos al suelo y comenzaremos a vivir como seres bien nacidos.

—¿Y qué pasará con el futuro de la raza?

—¿Eso para el futuro de la raza! —Qoj hizo un gesto complicado de oscuras implicaciones biológicas—. Sólo nos preocuparemos de nosotros mismos.

—Sin embargo —replicó Retief—, ustedes fueron jóvenes una vez.

—Si pretende usted ser grosero —dijo el zoonita con ebria dignidad—, puede usted irse.

—Seguro —dijo Retief—. Pero antes que me vaya, ¿le importaría describirme a esos pequeños?

—Por su forma se parecen bastante a nosotros, los adultos; hay de todos los tamaños, desde este —Qoj hizo un gesto de una pulgada con los dedos—, hasta este —indicó un metro y medio—. Y por supuesto, la piel del bebé. Una pelusa horriblemente azul de treinta centímetros de largo.

—¿Dijo usted... azul?

—Azul.

Retief meneó la cabeza pensativamente.

—Sepa, Qoj, creo que después de todo tenemos la base de una empresa cooperativa. Si me concede usted otros cinco minutos de su tiempo, se lo explicaré...

## 6

Flanqueado por Qoj y por otro zoonita de nombre Ornx el Voraz Mordedor, Retief descendió a través de la copa de nubes, impelido por un timón a chorro que había logrado salvar de su equipo de vuelo averiado.

—Eso es, ¡adelante! —señaló el arrecife de coral, de color rosa pálido, a la distancia.

—¡Juii! —chilló Qoj con deleite, mientras se adelantaba a Retief con un estridente silbido de su «chorro» prestado—. ¡Qué gran idea, Retief, estas pequeñas jeringas! ¡Jamás pensé que volar sería tan divertido! Siempre viví con el terror de no tener una rama a mi alcance y quedar a merced de los muchachos o de algún otro depredador. Con estas cosas, ¡se abre una nueva dimensión! ¡Ya puedo detectar una disminución de los impulsos fraternales rivales y los síndromes de Edipo invertidos!

—No permita que sus tensiones liberadas se le suban a la cabeza, Qoj —le previno Retief—. Los groaci todavía puede que necesiten ser persuadidos con argumentos bien contundentes. Quédese atrás mientras yo verifico la posición en tierra.

Minutos después, Retief pasaba por encima de la superficie convolutada del pico de coral. No había ningún groaci a la vista, pero media docena de terranos vagaban sin rumbo en su elevada prisión. Se adelantaron con gritos de alegría cuando Retief aterrizó.

—¡Gran exhibición, muchacho! —el coronel Smartfinger le sacudió la mano—. ¡Yo sabía que no nos íbas a dejar varados aquí! ¡Esos granujas groaci expropiaron nuestros equipos!

—Pero, ¿dónde están los refuerzos? —preguntó el oficial en política, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está la nave de desembarco? ¿Dónde está su excelencia? ¿Quiénes son estas criaturas? —Miró a los zoonitas que daban vueltas para aterrizar—. ¿Dónde estuvo usted, Retief? —Se detuvo, contemplando—. Y, ¿dónde está su equipo?

—Le contestaré más tarde. —Retief condujo a los diplomáticos hacia la bolsa de gas desinflada de los groaci que ahora estaba prolijamente colgada sobre unas rocas—. No hay tiempo que perder, me temo. Todos a bordo.

—Pero, ¡está pinchada! —protestó Smartfinger—. ¡Hombre, esto no va a volar!

—Lo hará cuando nuestros aliados terminen, —aseguró solícitamente Retief al coronel.

Los zoonitas ya estaban trabajando, meneándose en la nube sintética, echando puñados de hollejos de semilla adentro. Una esquina se movió pesadamente hasta que elevándose, se agitó con la brisa. Un lado se enroscó hacia arriba, estirándose con suavidad.

—Usted sabe lo que tiene que hacer —le dijo Retief a Qoj—. No pierda el tiempo siguiéndome hacia abajo. —Se lanzó al aire, abrió el control a chorro y marchó hacia su próxima escala a máxima velocidad.

En la mitad del camino hacia la escarpada pared del arrecife de coral, una pequeña figura llamó la atención de Retief, sentada desconsoladamente en la grieta de una roca. Se acercó, vio las patas largas y delgadas y el rostro de cinco ojos de un groaci, con su otrora espléndida indumentaria hecha un harapo.

—Bueno, Mariscal de Campo Shish —lo llamó—. ¿Qué sucede, las cosas ahí abajo no marchan a su gusto?



—Embajador Shish, si tiene usted la amabilidad —susurró el náufrago en un penoso groaci—. Dejarme solo; haber sufrido ya bastante.

—No lo bastante, todavía —lo contradijo Retief—. Sin embargo, no todo está perdido aún. ¿Me figuro que sus valientes tropas encontraron algún tipo de dificultad abajo?

—¡Las esferas cayeron sobre nosotros mientras yo me estaba bañando! —susurró el Groaci, hablando ahora en terrano—. ¡Se apoderaron de una docena de mis hombres antes que yo pudiera salir de la tina de arena caliente en la que me estaba regodeando! ¡Fui afortunado al escapar con vida! Y después ese burdo equipo fabricado en Terra falló y me arrojó aquí. ¡Alak! ¡Adiós a los sueños de una auditoría!

—Tal vez no —dijo Retief acercándose y tendiéndole una mano—. Lo llevaré a usted sobre mis hombros y le explicaré cómo están las cosas. Quizá pueda usted todavía salvar algo del naufragio.

Shish ladeó los rabillos de sus ojos.

—¿Sobre los hombros? ¿Está usted loco, Retief? Pero, ¡si no hay nada que lo sostenga a usted! ¿Cómo va a sostenernos a los dos?

—Tómelo o déjelo, señor Embajador —dijo Retief—. Tengo prisa.

—Lo tomaré. —Shish movió cuidadosamente su flaco y huesudo contorno y trepó a la espalda de Retief, con cuatro de sus ojos cerrados con fuerza—. Pero si no hubiera sido que yo ya estaba pensando en suicidarme, nada me habría obligado a hacer esto.

## 7

Cinco minutos después, Retief oyó un grito. Descendió y se detuvo en un estrecho arrecife junto a la delgada figura del Embajador Oldtrick.

El diplomático mayor había perdido su elegante boina y tenía un rasguño en la mejilla. Su equipo de vuelo, su bolsa de gas desinflada, colgaba de la punta de una roca detrás de él.

—¿Qué es esto? ¿Quién capturó a quién? Retief, ¿está usted...?

—Todo en orden, su excelencia —dijo Retief a manera de consuelo—. Dejaré aquí con usted a su excelencia groaci. He tenido una pequeña charla con él y hay algo que quiere contarle. La tripulación vendrá en seguida para ayudarlos.

—Pero, usted no puede... —Oldtrick calló súbitamente cuando una oscura sombra se deslizó por encima de la roca—. ¡Maldita sea! ¡Otra vez esa condenada nube!

—Todo está bien —gritó Retief, lanzándose al espacio—. Ahora está de nuestro lado.

En la larga mesa del comedor principal a bordo del transporte pesado del Cuerpo Diplomático que había sido llamado para ayudar a la repatriación de la Valiente Juventud Groaci abandonada en

Zoon, después que la fauna local devoró a su nave y provisiones, Magnan codeó ligeramente a Retief.

—Una sorprendente media vuelta por parte del Embajador Shish —murmuró—. Cuando esa falsa nube se descargó de golpe sobre nosotros en aquél arrecife, temí lo peor.

—Creo que tuvo una experiencia espiritual allá abajo que le hizo ver la luz —comentó Retief.

—Los embajadores se repartieron equitativamente las esferas de influencia —continuó Magnan—. Los groaci parecen muy contentos con la idea de erigir barreras a prueba de explosiones para mantener a esos feroces roedores en la mitad del planeta y ser sus pastores, a cambio del privilegio de cosechar sus plumas en la época en que las pierden.

—No me sorprendería que hurtaran antes algunas pieles —corroboró el coronel Smartfinger—. No obstante, parece que a los zoonitas no les preocupa, ¿no es así, Ornx?

—Ningún problema —respondió airoosamente el zoonita—. No nos importa hacer la vista gorda ante algunas violaciones a cambio de tener libre acceso a nuestras propiedades.

Se produjo un agudo repiqueteo cuando el Embajador Oldtrick se levantó y golpeó su vaso con un tenedor.

—Caballeros, amigos, mejor dicho. —Sonrió afectadamente a los groaci y a los zoonitas sentados a la mesa—. Tengo el placer de anunciar la firma del convenio Terra-Zoon, por cuyos términos se nos han cedido todos los derechos en el arrecife de coral que elijamos para ubicar nuestra cancillería, totalmente fuera del alcance de esos detestables pequeños; esto es, los abandonados, quiero decir, este, traviesamente inclinados... —Se acobardó ante las miradas de una docena de hileras de ojos rosas.

—Si sigue hablando tan abominablemente, me voy —dijo Qoj en voz alta.

—¿Entonces vamos a ser relegados a la cima de ese horrible rascacielos? —se quejó Magnan—. Lo permutaremos por las patentes de las bolsas de gas.

—¡Ah! —se animó Oldtrick, contento de cambiar de tema—. No puedo dejar de escuchar su observación, Magnan. Y me complace anunciar que esta tarde acabé de desarrollar un pasmoso invento para mi equipo de vuelo. ¡Observen! —Todos los ojos se posaron en el embajador cuando se elevó suavemente al aire, colgado a una altura de seis pies.

»Debo decir que obtuve cierta ayuda del señor Retief en..., este..., la elaboración de algunas técnicas —murmuró mientras los terranos se agolpaban a su alrededor, para ofrecerle sus congratulaciones.

—¡Cielos! ¡Y ni siquiera usa un globo! —jadeó Magnan—. ¿Cómo se explica eso?

—Fácilmente —gruñó Qoj—. Tiene un montón de esporas zoonitas de la mejor calidad en su bolsillo.

Junto a él, el Embajador Shish emitió un molesto silbido.

—De algún modo, tengo la convicción que nosotros los Groaci hemos sido burlados nuevamente.  
—Se levantó y abandonó el salón.

—Uf—resolló Magnan—. Él consiguió lo que quería, ¿o no?

—Es cierto —dijo Retief, levantándose—. Pero algunas personas tienen la mala suerte de desear siempre lo que no les conviene.

**FIN**

Libros Tauro